

La solidaridad se aprende



Roberto González

Vicerrector académico
Pontificia Universidad
Católica de Chile

CHILE ES un país que a lo largo de su historia se ha visto remecido por desastres naturales que nos obligan a movilizarnos colectivamente para elaborar el duelo de lo perdido y reconstruir lo destruido. Quizás como producto de este recurrir, en nuestro país tenemos la percepción de que somos un pueblo solidario. Así lo confirma la encuesta Adimark GfK realizada el 2007, donde se observa que un 32% piensa que una característica central de los chilenos es que somos solidarios. La manera en que el país reacciona a un terremoto o una inundación parece confirmar esa afirmación.

Sin embargo, existen datos que cuestionan esa visión. El año pasado uno de los principales organismos de voluntariado y acción solidaria del país, el Hogar de Cristo, tuvo que cerrar 31 centros de acogida, debido al grave déficit económico que lo afectaba y que ascendía a los 3.500 millones de pesos anuales. Este déficit se debe a los mayores gastos que la institución asumió tras el terremoto de 2010, a la disminución del 25% en la cantidad de aportes de grandes empresas y donantes individuales y al 27% en los recursos de la campaña de vueltos del supermercado.

Un dato más sistemático es el que arroja el Índice de Solidaridad del Centro de Medición de la Universidad Católica de Chile, Mide UC. En una encuesta realizada el 2010 sobre conductas concretas de solidaridad (conductas de ayuda a personas que no sean familiares ni conocidos, donación de dinero y donación de objetos materiales), la población obtuvo un valor 3,3 en una escala en la que el valor 0 representa la ausencia total de conductas de ayuda y el valor 10 representa el máximo nivel de ayuda posible. La VI Encuesta Nacional de Juventud (2009) confirma esto y nos re-

En nuestro país tenemos la percepción de que somos solidarios. Sin embargo, hay datos que cuestionan esa visión.

vela que sólo un 9% de los jóvenes chilenos participa en voluntariado.

Frente a la discrepancia que existe entre creernos solidarios y realmente serlo, tenemos como sociedad el desafío de buscar los mecanismos que contribuyan a formar ciudadanos responsables y conscientes de las necesidades de los demás. Es fundamental reconocer la influencia gravitante que tienen los medios de comunicación, las redes sociales y especialmente la familia como asimismo la escuela en la formación de la capacidad de empatizar, de conectarse y de actuar decididamente frente a las necesidades de otros. Gran parte de los países que contemplan en su currículo escolar un foco en formación ciudadana, propone fortalecer de manera activa el aprendizaje de contenidos y competencias que permitan ejercitar las conductas solidarias en el aula y en la convivencia cotidiana de la comunidad.

En este sentido, debemos redoblar los esfuerzos para asegurar que en el entorno escolar existan modelos adecuados insertos en la comunidad, donde las experiencias solidarias se vinculen directamente con la práctica. Este esfuerzo supone un activo compromiso del sistema escolar para que niños y jóvenes conozcan realidades sociales distintas a las propias, respeten y reconozcan a los diferentes grupos sociales que existen en Chile, se comprometan con el bienestar común y empaticen con las necesidades de los más desvalidos.

Sólo asumiendo este desafío podremos tener una sociedad más integrada, justa y equitativa.